

## EL DEBATE DE LA REFORMA

# Educación y cambio de siglo

Por Benjamín Marticorena 

En los próximos 25 años, el cambio en la educación escolarizada será mayor que en los últimos 200 años", aseguró un juicioso funcionario de nuestro Ministerio de Educación en un reciente congreso de los países del Convenio Andrés Bello, en Panamá. Esa opinión evoca comparaciones parecidas sobre aceleradas transformaciones en otros ámbitos: que el conocimiento científico-técnico se duplicará en los próximos cinco años, que los teleducados de información se pondrán al alcance de mil millones de habitantes del planeta en menos de tres años y que el 90% de las máquinas (para cualquier fin) que utilicemos en el 2010 aún no ha sido inventado. Aunque el futurismo científico-técnico está, desde Kepler hasta hoy, bajo sospecha de arbitrariedad, dando lugar a las fértiles fantasías de la ciencia-ficción, ninguna de las anteriores afirmaciones puede ponerse en duda. Se trata de marcados contrastes entre el pasado y el futuro, de realizaciones que se acumulan aceleradamente y, en fin, de certidumbres sobre la continuidad de lo que viene sucediendo en el mundo desde hace al menos veinte años.

Es verdad que la educación cambiará profundamente su ideología, contenido y métodos en los próximos 25 años. Lo que es menos verosímil es que con los movimientos de la reforma educativa peruana de estos días, estemos dando pasos seguros en esa dirección. Decisión política, liderazgo, pero sobre todo, espíritu coherente de reforma en el conjunto de la sociedad son categorías enervadas en el escenario nacional. Hay anuncio oficial de reforma, pero sin coherencia de voluntades, al haber enconado en los últimos años, gobernantes, senderismo y otros monstruos del aquelarre peruano, las desconfianzas seculares dentro de la sociedad peruana.

¿Qué es lo que está cambiando tanto en la educación en los países más avanzados (que no son siempre, ni sólo los países más indus-

trializados)? En primer lugar, su filosofía. Y luego, los métodos y actitudes, como consecuencia de la ética emergente de los nuevos fundamentos. Lo que ha entrado en crisis final —según los educadores— es la utopía enciclopedista vigente desde los días de la revolución liberal republicana en el mundo. El ideal de la erudición no está en cuestión; pero sí el de la sabiduría infusa: no hay rabinos reales sino un mundo de gentes capaces de actuar como ciudadanos en las tareas de la renovación social.

Una de las particularidades de la educación todavía vigente es su pretendida universalidad y un cierto o abierto desdén hacia las particularidades culturales externas a la ideología patrón. Este atributo, que la oligarquía gestora de la globalización en curso quiere confirmar en lugar de superar, tiene el respaldo de un tardío positivismo en el pensamiento educativo en algunos sectores de América Latina y, en particular, del Perú.

Uno de los cambios más propios en los fundamentos de la educación peruana tendría que ser, sin duda, el de la valoración positiva de la diversidad, tanto en la naturaleza cuanto en lo humano; en el mundo físico como en la cultura. Dar un valor principal a las diferencias no es un asunto menor en el escenario peruano, sino una actitud esencial, puesto que corresponde a nuestra característica más peculiar, que es la pluralidad en los campos geológico, climático, biológico y cultural. Otro cambio tendrá que devolver algo que ha venido de más a menos en la sociedad y en la escuela peruanas en las últimas décadas: el lugar de la solidaridad y de la tolerancia en la formación del ciudadano. Sin esto, nada de lo que se construya será sostenible, porque no tendríamos, en el mejor de los casos, sino un archipiélago de egoísmos en una selva pintada de modernidad.

En el mundo hay una tendencia cultural hacia lo universal y otra

hacia la introspección. La primera nos acerca a la sociedad única y la segunda a la sociedad diversa. No hay contradicción insuperable entre ellas, sino una grande y suave unidad. En efecto, si queremos comprender con propiedad lo que representamos en el mundo de hoy tenemos que mirarnos desde el ágora de lo universal. Recíprocamente, el examen más atento de lo universal (y, por lo tanto, el camino más seguro a una globalización humanista) debe provenir del diálogo sutil, fino y original con las culturas locales, como que son una pluralidad de ventanas abiertas al mundo.

Un tercer cambio, será el de enseñar a aprender, más que el de acumular una masa más o menos estructurada de información en el córtex de los jóvenes. De lo que se trata es de desarrollar capacidad lógica; develar la estructura de los nuevos códigos para acceder a la información y para relacionar datos y situaciones; estimular la intuición experimental y la vocación observacional y crítica.

En la nueva educación hay postulados pero no hay dogmas: se puede tomar de lo antiguo y de lo nuevo; de lo propio y de lo extranjero. Sin abandono de la razón ni de la subjetividad, sino con inteligencia, aprecio por la diversidad, espíritu crítico, voluntad social y fe.

La educación debe ser vista como una manera de vivir mejor; más próxima a la realización plena del individuo; de sus satisfacciones materiales, culturales y emocionales. Este es un lugar común y una promesa incumplida, en el Perú. El filósofo Martín Buber pensó sutilmente al escribir que "La educación no es formación para la vida; sino la vida misma". Recíprocamente, la modernidad nos ha dejado en claro que la vida es educación de principio a fin.

En suma, queremos decir que la reforma educativa no es un asunto de burocracia sino el resultado de un movimiento espiritual; el proceso de realización de una voluntad nacional de ser.